

## Las paradojas intencionales de la mutación del capital

Jorge Ezequiel Ivanis\*

RESUMEN: El presente trabajo aborda una serie de mutaciones contemporáneas de la relación entre capital y trabajo a partir del despliegue de tres paradojas. Una primera, que es la inversión de los componentes del mundo del trabajo y del mundo del no-trabajo. Una segunda paradoja en donde el capital relaja la explotación explícita confinada al mundo del trabajo pero, al mismo tiempo, desborda su explotación hacia el mundo del no-trabajo. Y una tercera y última paradoja, donde el capital, en las formas de trabajo inmaterial, aparece utilizando dispositivos de disciplinamiento no industrial, que parecen auto-imponerse para el trabajador, ocultando la continuidad y voracidad de la explotación del capital sobre el ser humano. En la última parte, y a modo de conclusión, se vislumbran algunas nuevas resistencias que emergen desde el trabajo.

*Palabras clave: capital - trabajo, capitalismo cognitivo, explotación.*

ABSTRACT: This work discusses a series of contemporary mutations regarding the relationship between capital and labour based on an in-depth analysis of three paradoxes. First, the paradox of the investment of labour sphere and non-labour sphere components. Second, the paradox in which capital eases the explicit exploitation confined to the labour sphere while extending this exploitation into the non-labour sphere at the same time. Third, a paradox in which capital, in terms of immaterial labour, emerges by resorting to non-industrial disciplinary devices, which appear to be self-imposed by workers, thus hiding the continuous and ruthless capitalist exploitation suffered by human beings. Finally, and as a conclusion, some new labour resistance patterns will be explored.

*Keywords: Capital-Labour, Cognitive Capitalism, Exploitation.*

“Balanders es un monstruo sucesivo, un monstruo en el tiempo...  
en el cinto lleva una espada y en las manos un libro abierto,  
con las figuras de una corono, de un velero, de una copa,  
de una torre, de una criatura, de unos dados,  
de un gorro con cascabeles y un cañón”

El libro de los seres imaginarios – Jorge Luis Borges

## 1. Introducción: Una serie de televisión y tres paradojas entramadas

El presente artículo tiene como objetivo indagar acerca de los cambios en la relación entre capital y trabajo en este nuevo siglo, centrándose en la primera parte de esa ecuación. En los últimos años han surgido nuevos conceptos tales como capitalismo cognitivo (Vercellone, 2004) o semiocapitalismo (Berardi, 2007), sin embargo, este trabajo se asienta sobre una premisa que el propio Franco Berardi expone en *Fenomenología del Fin* (2020: 228): “No es el capital el que puede ser denominado cognitivo, sino el trabajo. El capitalista no es el sujeto de una actividad cognitiva, sino el explotador de esa actividad. El portador de conocimiento, creatividad y habilidades es el trabajador”. En este sentido, este artículo intenta dar cuenta de las mutaciones recientes del capital que le permiten avanzar sobre esa actividad cognitiva de los y las trabajadoras. Para ello, se articulará en tres partes que despliegan diversas paradojas propias de este nuevo siglo. Un primer apartado que señala una primera paradoja caracterizada por la inversión de los componentes del mundo del trabajo y del mundo del no-trabajo. Un segundo apartado donde el capital relaja la explotación explícita confinada al mundo del trabajo pero, al mismo tiempo, desborda su explotación hacia el mundo del no-trabajo. Y un tercer apartado cuya paradoja radica en que el capital, en las formas de trabajo inmaterial<sup>1</sup>, aparece utilizando dispositivos de disciplinamiento no industrial, que parecen auto-imponerse para el trabajador, ocultando la continuidad y voracidad de la explotación del capital sobre el ser humano.

En este sentido, y para introducirnos en las tres paradojas que recorren este artículo, nos parece pertinente recordar que en 2001, en Gran Bretaña, se estrena una nueva serie de televisión, al estilo de las *sitcoms* tan en auge por aquella época. La serie en cuestión se llamó *The Office* y rápidamente debió dejar de transmitirse. Pocos entendieron qué podía ser atractivo en una serie donde cada capítulo graficaba las peripecias de un grupo de trabajadores dentro de una oficina. Ciertamente, los británicos aún pensaban en los términos de repetición y silencio, propios de una sociedad industrial. Pasaron 4 años, y en Estados Unidos deciden comprar la serie para readaptarla. Funcionó de inmediato. Se volvió una serie famosa; mezcla de humor inglés y cliché norteamericano, logrando sumar millones de adeptos y transformándose en una serie de culto. Lo digno de contarse ahora sí podía ocurrir al interior del lugar de trabajo. La audiencia había cambiado su forma de pensar y quizá sin saberlo se había despojado de la mentalidad industrial.

Pero qué es lo que atrae tanto de una serie cuyo único escenario es la oficina de

una distribuidora de papel industrial ubicada en un pueblo pequeño de Estados Unidos y donde todas las conversaciones giran en torno a las relaciones que se establecen en esa oficina, entre esos trabajadores y su jefe, donde sabemos poco de la vida fuera de la oficina de los protagonistas y donde, en definitiva, no hay grandes artilugios cinematográficos que puedan seducir al público y transformarla en serie de culto. Hay experiencias similares, por supuesto. La clásica *Seinfeld* y la noventosa *Friends*. Pero a ambas las distingue una particularidad con *The Office*. En ambas (no es casual que sean de los '80 y '90) la *sitcom* pasaba por la vida diaria de sus personajes. Las locaciones eran sus respectivos departamentos, los bares que frecuentaban y el complejo de edificios donde vivían. Las situaciones cómicas se daban entre vecinos o entre amigos, ex parejas, familiares, desconocidos, etc. En *The Office* no. O, mejor dicho, en *The Office*, y aquí está lo novedoso de esta serie, la vida habita en la oficina, en el trabajo; por fuera de él no hay nada digno de ser contado. Los sentimientos, los conflictos, el ocio, la creatividad, el enojo, el amor, la indiferencia, la flexibilidad, los gritos, las palabras al oído, las risas, los afectos, ocurren dentro y en la oficina. Nuestra vida social, afectiva, comunicativa y trascendente se ha trasladado a nuestro espacio de trabajo. Entonces ¿qué ha quedado por fuera de la oficina? La rutina, el esfuerzo, la sistematicidad, componentes pasados del mundo laboral. Hemos invertido los espacios que habitamos. Por eso *The Office* ha tenido éxito. Porque muestra, primero y mejor, que hoy la vida digna de ser contada ocurre en nuestro trabajo y no fuera de él. Fuera del trabajo somos una igualdad desigual de potenciales consumidores sin afectos ni conflictos.

En definitiva, la serie transcurre durante nueve años de emisión que coinciden con una transformación del capital y de la forma en que se produce el valor, mutando (sin abandonarla del todo) la fórmula  $D - M - D'$  hacia otra forma que parte de explotar los componentes sociales, políticos y afectivos de las personas para la extracción de plusvalía. Así, hoy comienza a entramarse la vida laboral con la vida no-laboral, al punto tal que el capital puede tomar con quirúrgica eficacia, pequeños fragmentos de nuestra vida por fuera del trabajo. La explotación no es total, es totalizante. No es continua, es infinita, porque no conoce de horarios ni de días ni de feriados ni de derechos. A modo de ejemplo, alguien durmiendo un sábado por la noche, se despierta súbitamente y ya no puede volver a dormirse, se queda pensando en esa reunión o en esos *mails* que debe enviar el lunes a primera hora. Eso es eficiencia totalizante e infinita de la explotación del capital en el siglo XXI. Por eso en *The Office* la vida cómica y la vida trágica, es decir, la vida, aparece en la oficina, porque esos espacios han quedado relegados no a la explotación sino a las nuevas formas de escapar del trabajo. El control sobre el tiempo muerto se hace más laxo. Se permiten varios momentos de distracción, se colocan dispositivos de ocio como juegos y salones recreativos. Se permite el cotilleo, los rumores, las distracciones, la charla sexualizada, las relaciones estrechas entre trabajadores. El capital sabe que no está perdiendo. Ya no necesita las ocho horas completas de trabajo para extraer plusvalía, ahora se vale de pequeños fragmentos de tiempo que, al ser explotados con una intensidad inaudita, permiten altas tasas de plusvalía.

Esta es la primera paradoja a la que nos referiremos.

## 2. Primera paradoja: Inversión de mundos

Retomando lo establecido en la Introducción, en la actualidad el capital relaja sus formas de control en los espacios laborales y permite la emergencia de dos acciones que son la “charla” y la “curiosidad” (Virno, 2003a). Acciones que parecen momentos de resistencia ante el trabajo, pero que, sin embargo, no son más que rodeos del capital para el uso de los tiempos no-vivos de producción. Nos referimos a tiempos no-vivos, porque en esta nueva mutación del capital no existen tiempos muertos como sí ocurría en la sociedad industrial (Negri y Lazzarato, 2001). En la actualidad “gracias a la acumulación de la ciencia y las fuerzas generales del intelecto social, el trabajo físico deviene superfluo” (Berardi, 2020: 195). Las acciones del trabajo material cesan y “el discurso sin fundamento [la charla] y el impulso de lo nuevo [la curiosidad-el chisme] en cuanto tal alcanzan la posición relevante de criterios operativos” (Virno, 2003a: 47) para fundirse y confundirse con el trabajo inmaterial, ese que ocurre bajo la explotación de otras facultades humanas genéricas tales como el lenguaje, la sociabilidad y el aprendizaje. Es un trabajo inmaterial aunque su producción sea material; y es esa inmaterialidad lo que manifiesta una nueva fase del capital donde se manipulan signos y afectos, no objetos. Aparece así, la dimensión inmaterial de los objetos que determinan la vida misma. Por eso decimos que los tiempos muertos ya no existen sino que se constituyen en tiempos no-vivos de trabajo que encuentran todo su despliegue y vivacidad en la inmaterialidad productiva del acto cognitivo (Negri y Lazzarato, 2001). En *Gramática de la multitud*, Paolo Virno (2003b: 108) establece que:

Trabajo y no trabajo desarrollan idéntica productividad (...) tenemos motivos para afirmar tanto que nunca se deja de trabajar como que se trabaja siempre de menos (...) la antigua distinción entre “trabajo” y “no trabajo” se resuelve ahora entre vida retribuida y vida no retribuida.

En esa oficina, en ese taller, en esa fábrica, la charla y la curiosidad no se constituyen en epifenómenos del fin del trabajo, sino que son la instrumentación del rodeo del capital para ocultar una nueva forma del trabajo como actividad primaria en la creación del valor y que ocurre por fuera de esa oficina, de ese taller y de esa fábrica. En palabras de Paolo Virno (2003a: 38):

La charla no representa nada, pero precisamente por eso puede producir todo. Desde el nacimiento de la gran industria hasta la conclusión de la época fordista y taylorista, el proceso productivo ha sido silencioso. Aquel que trabajaba, callaba. Se empezaba a “charlar” solo a la salida de la fábrica o de la oficina. La principal novedad del postfordismo consiste en haber puesto el lenguaje a trabajar. La comunicación social se ha convertido en la materia prima (...) de la producción contemporánea.

Es, entonces, en el mundo laboral de antaño, confinado a un espacio delimitado y restringido, donde hoy el silencio cesa y el proceso productivo se vuelve bullicioso y confuso. El capital trae el ruido a la fábrica para hacerse de componentes genéricos

pero específicos de la vida social y política: el lenguaje, la creatividad, la coordinación, la lealtad a una causa. Virno (2003b: 108) afirma que:

Ya no existe un límite neto que separe el tiempo de trabajo del de no-trabajo. En el fordismo, según Gramsci, el intelecto queda fuera de la producción; sólo al finalizar el trabajo, el obrero fordista lee el diario, acude a la sesión del partido, piensa, dialoga. Por el contrario, en el postfordismo, ya que la “vida de la mente” está plenamente incluida en el espacio-tiempo de la producción, prevalece una homogeneidad esencial.

Las paredes de la fábrica se vuelven permeables, porosas, cambiantes. Se adoptan estrategias propias de la vida en comunidad y de la vida política; sin embargo, estas estrategias están orientadas a extraer del trabajador un nuevo modo de la ganancia en su forma más antigua: la plusvalía. Ben Watanabe (1997: 97), quizá uno de los primeros en identificar estos cambios, escribió:

Los espacios “participativos”, bajo la máscara de la “democratización” en la fábrica, se implementan con el fin de convencer a los trabajadores de la necesidad de involucrarse con los objetivos de la empresa para el “bien de todos”, y de este modo, son los objetivos patronales lo que se asumen como propios: el trabajador debe además ponerse a pensar cómo se superan los problemas en la producción.

Este proceso, por supuesto, se entrama con otras formas de producción que van desde la típica forma de trabajo fordista hasta la emergencia o mantenimiento de formas más restrictivas o antiguas de trabajo. De esta forma el mundo se nos aparece como un calidoscopio de diversas formas de explotación, cada una con sus relaciones laborales y sus modos de disciplinamiento, que aparecen superficialmente distantes e inconexas pero que, en realidad esconden una profunda raigambre de necesidad mutua; como afirma Virno (2003a: 50):

El impacto tecnológico, en su ápice, no es universal: más que determinar un modo de producción unívoco que arrastra todo, éste mantiene a la vez a una miríada de modos de producción diferenciados, resucitando, es más, los ya superados y anacrónicos [de este modo] se constituye como un paraguas, bajo el cual se replica todo el pasado de la historia del trabajo.

Lo que sí es notorio es que la emergencia de este nuevo modelo, a partir de la revolución tecnológica de la década del '70 y, con mucha más fuerza a partir de la socialización y masificación de lo digital, se constituyó en “una hegemonía, al interior de los procesos de trabajo y de las cadenas de valor, de los trabajos con elevado contenido intelectual, que condicionan la aplicación del trabajo tradicional y por tanto, dan origen a formas novedosas de valorización del capital” (Míguez, 2016: 21).

Estas formas novedosas de valorización, en un contexto de inversión y fundición del mundo laboral con el no laboral, aparecen ahora con mayor visibilidad en el pro-

ceso de desbordamiento que el capital realiza desde la fábrica (como mundo laboral objetivado) hacia la vida social y política, es decir, hacia el mundo de la vida. Esta segunda paradoja es la contracara de este primer punto. Mientras el capital inunda la fábrica de ruido y voces, escabulle su explotación fuera de ella, inundando la vida en comunidad, es decir, el mundo del no-trabajo, con lógicas propias de la explotación laboral, que, además, no son las formas particulares de la relación salarial del modelo anterior, ni explotan los componentes que se explotaban en el modelo fordista para la extracción de plusvalía. Esta segunda paradoja es la que desarrollaremos en el siguiente punto.

### 3. Segunda paradoja: La explotación de lo inexplotable

En los últimos años asistimos a la aceleración de un proceso donde las paredes de la fábrica desaparecen y el capital invade toda la vida social. El capital ya no solo explota y se apropia del tiempo de trabajo sino que, también progresiva e históricamente, se ha apropiado del intelecto general. Hasta aquí no hay novedad sobre el avance del capital. Sin embargo, lo que denota su especificidad en estos tiempos, es la rapidez con que avanza sobre la explotación de la vida no-laboral de los trabajadores; al punto tal que cada vez hay menos diferencias entre el tiempo de trabajo y el tiempo de no-trabajo (Virno, 2003b). He aquí su mutación. Esta paradoja “consiste en que como consecuencia de que la ley del valor estalla (y contrariamente a los defensores de un supuesto fin del trabajo) el trabajo está en todas partes, esto es, el mundo es trabajo” (Míguez, 2016: 11). Esta metamorfosis kafkiana, que se constituye en la novedad de este nuevo siglo, donde “el tiempo de trabajo es la unidad de medida vigente pero ya no la verdadera” (Virno, 2003a: 52) no logra, a nuestro entender, sintetizarse en la idea del propio Virno (2003a: 28 y 2003b: 117) de “*comunismo del capital*”. Lo que hoy existe es una “sociedad del trabajo”, una nueva forma en la naturaleza conflictiva de la relación entre capital y trabajo que, por su inmanencia con la vida social, no solo la parasita, sino que producto de la amalgama entre la explotación del cuerpo del obrero (obrero masa) y su vida misma, se posibilita la explotación de su mundo social, su lenguaje, sus deseos, sus preferencias, sus opiniones, sus afectos. El capital comienza a explotar la positividad de la vida, los componentes de creación política y social, negando o contraponiéndose a su negatividad, es decir, abandonando la noción de explotación como gasto muscular o empleo de energía motriz (Vatin, 2004: 113) y dificultando la resistencia de quien es explotado. Los obreros ya no son enviados a morir sino que son enviados a pensar, a sentir, a crear. Si novelas como *1984* de George Orwell o *Un Mundo Feliz* de Aldous Huxley mostraban la negatividad ante la vida y el carácter de supresión que tiene el capital<sup>2</sup>, en esta nueva etapa no es esa eliminación la que opera, sino, por el contrario, el incremento de palabras del obrero (a partir del consumo de información) lo que la determina. De esta forma el tiempo de trabajo ya no es y ya no puede ser medible, sino que, ahora, aparece como unidad de medición el intelecto de esa vida social y política, es decir, su componente virtuoso (Virno, 2003a). Por lo tanto el virtuosismo, con su politicidad inherente e irrenunciable, es hoy el objeto de la explotación. La pregunta que surge entonces es “¿Cómo se produce valor en el capitalismo? Lazzarato nos

dice que, en definitiva, los valores se producen con arreglo a las cualidades intrínsecamente sociales de la condición humana” (Míguez, 2016: 18). De esta forma, hoy el capital genera procesos de valorización novedosos e innovadores al interior de la sociedad (y sobre toda ella misma), obteniendo una plusvalía absoluta ya que no hay componentes del mundo laboral (micro-resistencias, derechos laborales, solidaridad de clase, sindicatos, etc.) que obstaculicen la explotación del conocimiento socialmente generado. En este sentido:

El agotamiento de la ley del valor como criterio para hacer del trabajo abstracto el instrumento de control sobre el trabajo (...) y la dimensión cognitiva del trabajo muestran que tanto los beneficios, como las rentas, se basan en mecanismos de apropiación del valor exteriores a la organización de la producción y que remiten a la sociedad toda (Míguez, 2016: 22).

En resumen, esta segunda paradoja implica una mutación del capital, que desborda el mundo del trabajo, llenando con nuevas lógicas de explotación los intersticios del mundo no-laboral, apropiándose de elementos también novedosos para la obtención de la plusvalía que ya no se corresponden con el gasto energético sino con las cualidades del mundo político y social, esto es, con las herramientas construidas a partir de la sociabilidad política: el lenguaje, la creatividad, la comunicación, la habilidad, el saber, en definitiva: la virtud.

El capital, entonces, invade el “mundo de la vida”, el mundo no-laboral a través de una mutación que le permite una explotación infinita y totalizante donde “... nadie más puede ya disponer libremente de su propio tiempo. El tiempo no pertenece a los seres humanos concretos (y formalmente libres), sino al ciclo integrado del trabajo” (Berardi, 2007: 27). No es el fin del trabajo, sino una nueva ocultación del trabajo como actividad primaria en la creación del valor. Esta explotación del capital sobre la vida no-laboral no es continua sino que adquiere la forma de pulsar. No es la explotación continua y total del tiempo de trabajo en que se consume el músculo dentro de la fábrica sino que es la explotación quirúrgica, fractal y pulsátil, que dura un *click* de un *mouse* en una computadora o en un teléfono celular pero que adquiere todo su sentido en la utilización de las nuevas tecnologías de la información, de la comunicación y la *Big Data* como nueva cadena de montaje (Míguez, 2014). En este sentido “el trabajo cognitivo es un océano de microscópicos fragmentos de tiempo, y la celularización es la capacidad de recombinar esos fragmentos en el marco de un semiproducto singular” (Berardi, 2007: 66).

Esta explotación no-continua pero infinita, no total pero totalizante, ocurre porque para el capital “ya no es necesario usufructuar el tiempo completo de la vida de un obrero: sólo necesita fragmentos aislados de tiempo, instantes de atención y de operatividad” (Berardi, 2007: 91), de esta manera, el capital opera sobre fragmentos puntuales de la vida social y política del trabajador pero con una intensidad inaudita, cuyo momento de explotación celularizado y fractal se recombina, se compatibiliza y finalmente se añade a otros fragmentos celularizados en un formato único que denominamos “la red”. El filósofo italiano, Franco Berardi (2020: 231), lo resume de la siguiente manera “fragmentos desterritorializados de tiempo precario se hallan

esparcidos por el mundo físico, fragmentos de vida que son incapaces de encontrarse y conjugarse, pero que son perfectamente capaces de interactuar cuando la red digital los recombina”.

El soporte que permite esa total compatibilidad entre fragmentos disociados, lejanos y puntuales no es una cualidad que proviene del mundo del trabajo, sino de la vida social y política, esto es, de la virtuosidad que permiten el lenguaje y la creatividad. En palabras de Míguez (2014: 40):

El carácter cognitivo del trabajo remite a que está marcado por la reflexibilidad y reposa sobre una actividad relacional y reticular, esto es, capaz de desarrollar una red de relaciones de jerarquías complejas basadas en la coordinación y la comunicación lingüística y/o simbólica.

La rugosidad y aspereza de la vida política de los hombres se sustituye por una estética de la lisura, es decir, por la cualidad de ser lisa, abstracta, puramente positiva, sin resistencias y totalmente compatible (Han, 2015). Solo así el producto de la explotación de la vida social puede conectarse, recombinarse e intercambiarse con otros microfragmentos obtenidos en otro tiempo y en otro lugar, en ese flujo continuo que llamamos red.

La virtud, que parecía inexplotable, se vuelve ahora la condición de posibilidad para recombinar los paquetes de tiempo que el capital recluta de diversos portadores ocasionales, fugaces y desconocidos. En este sentido, la virtud de la vida social y política tiene la capacidad de adaptarse a lo imprevisible, de crear en la incertidumbre, de moverse en la alternativa. De hecho, una característica de la vida social y política como la movilidad (la acción de resistencia, la huida) es apropiada por el capital. En *El Taller y el Cronómetro*, Benjamín Coriat (1991: 17) ya alertaba sobre la apropiación de esa acción no laboral por el capital y establecía que “desde su nacimiento, el rechazo obrero de la fábrica capitalista (prisión atenuada según Marx) se expresa en su movilidad (...) Hoy esa resistencia, expresada en la potencia de movilidad del trabajador, ha sido utilizada por el capital”. Luego de 30 años, Virno (2003a: 46) refuerza esa idea: “Las tecnologías consideradas avanzadas no provocan un desplazamiento, capaz de disipar una familiaridad pasada, sino que reducen a perfil profesional la misma experiencia del desplazamiento más radical”.

El capital, decíamos, se apropia de paquetes de tiempo, de tiempo despersonalizado que “se vuelve el verdadero agente del proceso de valorización, y el tiempo despersonalizado no tiene derechos, no puede reivindicar nada” (Berardi, 2007: 91). Aquí se abre el tercer y último punto. Si bien la ausencia de reivindicación y resistencia proviene de la explotación de tiempo despersonalizado, se añade, además, que el capital despliega diversas y novedosas formas de disciplinamiento que ya no guardan relación con el control y la exterioridad sino con la autopercepción y la subjetividad. Como si fuese una vigilancia sin vigilantes “la producción de subjetividad deja de ser solamente un instrumento de control social y se torna directamente productiva, porque en nuestra sociedad post industrial el objetivo es construir al consumidor” (Míguez, 2016: 16).

En este nuevo mundo el capital da cuenta de los límites de la racionalidad del modelo fordista que solo permitía un determinado nivel de producción ya que “no

es eficiente explotar a alguien contra su voluntad. En la explotación ajena, el producto final es nimio. Solo la explotación de la libertad genera el mayor rendimiento” (Han, 2018: 14). Para ello, el capital debió construir nuevas formas de disciplinamiento, que se acoplen al mundo de la vida, al mundo social y político, transfiriendo el control y la vigilancia al interior de la mentalidad humana. Esas formas de disciplinamiento en este nuevo mundo adquieren la forma de juego (ludificación), meritocracia, oportunismo y producción de sí mismo, elementos que veremos en el próximo punto.

#### 4. Tercera paradoja: Subjetivación del disciplinamiento

En la actualidad la proliferación y las más rentables aplicaciones de celular (*apps*) tienen, independientemente del rubro en el cual se desarrollen, una característica común: un apartado de premios y recompensas inmediatas que se estratifica por niveles. Para avanzar en esos niveles es menester cumplir una serie de pasos y/o objetivos que en su mayoría son sencillos y están relacionados al consumo a través de esa misma *apps*. A esta ludificación, también llamada gamificación (por su origen en los videojuegos) podemos hacerle la misma pregunta que Paolo Virno (2003b: 39) se hace frente a otro fenómeno que es la “repetición”; el filósofo italiano se pregunta “¿no será que la experiencia del niño se ha transferido a la experiencia adulta, a los comportamientos que prevalecen en el interior de los grandes conglomerados urbanos?”. La gamificación de la vida social tiene una reminiscencia con los procesos de rápido aprendizaje y de gratificación instantánea que transitamos en nuestra niñez y adolescencia. La ludificación de nuestra vida laboral y no-laboral solo fue posible cuando las innovaciones tecnológicas permitieron la comunicación *just in time* y el acceso remoto a través de dispositivos móviles; dispositivos necesarios para que “el capitalismo de la emoción se apropie del juego, que propiamente debería ser lo otro del trabajo. Ludifica el mundo de la vida y del trabajo” (Han, 2018: 77). La ludificación de nuestra vida individual, pero sobre todo el proceso de ludificación del capital en el mundo no-laboral, genera una motivación y una cohesión que, producto de su ficcionalidad, se convierte, también, en fugaz.

El capital, entonces, utiliza como dispositivo disciplinar no-externo de la vida social, a la ludificación como una poderosa herramienta de refuerzo positivo, de motivación, provocando la creencia de que estamos participando en “algo” y que nos esperan gratificaciones, subidas de nivel, recompensas, resultados medibles, y, por sobre todo, diversión. Es oportuno recoger la cita de Pascal que utiliza Paolo Virno en *Virtuosismo y Revolución* (2003a: 39): “El único alivio de nuestras miserias es la diversión, y sin embargo, ésta es nuestra mayor miseria”.

Esta estrategia de ludificación de la vida social que opera, además, como una niebla que recubre la real explotación fractalizada de nuestros componentes de la vida no-laboral, se amalgama con la suposición de que al jugar hay recompensa y por tanto se sube de nivel; y que los que más nivel alcanzan es porque más se esforzaron en jugar. Aparece así una nueva noción de meritocracia<sup>3</sup> transformada en uno de los dispositivos de control social por parte del capital, que es la creencia positiva en el mérito a partir del esfuerzo individual, lo que crea una falsa ética del trabajo fuera

del espacio de trabajo, además de erosionar los principios de solidaridad. La justificación en base al mérito que surge del esfuerzo individual genera, no solo el ocultamiento de diversos puntos de salida, sino un escenario futuro donde quien es “recompensado” cree tener el “mérito individual” por ello y, por lo tanto, se niegan las condiciones sociales de solidaridad y cooperación que permitieron dicha “recompensa”. Además, y quizá el punto más destacable de la acción del capital en la idea de meritocracia es que genera un sistema de competencia individual y no de solidaridad social, lo que dificulta la cooperación y la complicidad para acciones de resistencia conjunta del trabajo frente al capital. La meritocracia, decíamos, oculta y justifica las desigualdades sociales y económicas, invisibilizando la desigualdad de oportunidades de cada individuo en relación con su punto de partida. Este concepto de “igualdad de oportunidades” es hoy, también, re-utilizado por el capital como mecanismo interno de control y disciplinamiento. De esta forma, aparece resignificado en la idea de “oportunismo” (Virno, 2003a), ahora como una cualidad a explotar; proveniente de una socialización extralaboral o no-laboral que está marcada por la propia vida, por los cambios abruptos y repentinos, por la incertidumbre y la innovación.

El mundo de la vida, digitalizado y fragmentado, adquiere en la construcción de su identidad un funcionamiento similar a un disco rígido. Millones de clústeres dispersos que almacenan en desorden un evento, una charla, un trabajo asalariado, un acto, un contacto, una decisión, y que solo adquieren sentido cuando termina una operación determinada. Es decir, hoy la memoria (y la identidad de un trabajador) está constituida por puntos del pasado, indiferentes, no secuenciados y disociados, que aleatoriamente entran en juego para redefinir y otorgarle sentido a nuestro presente. En ese mismo acto de búsqueda y lectura de los clústeres del pasado se otorga sentido a la vida presente pero también a la secuencia contingente que hemos construido de los actos disociados de nuestro pasado. En este sentido, el trabajo formal (asalariado con historicidad en una fábrica) ya no se constituye en una fuente de identidad duradera, personal y familiar, sino que en un episodio de una biografía que contiene momentos aleatorios de otras modalidades de trabajo (Virno, 2003a y Berardi, 2020). La identidad del trabajador se constituye, entonces, también a partir de la recombinación de porciones de tiempo que solo pueden adquirir sentido en su situación presente. El enjambre de vida laboral y vida no-laboral dificulta la escritura de una vida separada entre momentos de trabajo y momentos de ocio. Al contrario, la vida adquiere la forma no de momentos separados y diferenciables, sino de una secuencia difusa de oportunidades, líneas y puntos, de fragmentos tempo-informacionales (Berardi, 2007: 79), de oportunidades vacías de contenido sin pausas ni término. A esta cualidad de la vida actual, el capital también ha sabido explotarla ya que:

La sensibilidad para las oportunidades abstractas es lo que constituye una cualidad profesional en los modelos de actividad postaylorista, allí donde el proceso laboral no está regulado por un solo objetivo particular sino por una clase de posibilidades equivalentes, que hay que especificar en cada caso (...) Mientras la astucia taciturna, con la que el instrumento mecánico se beneficia de la causalidad natural, requiere hombres de carácter lineal y sumiso a la necesidad, la “charla” informática necesita de un “hombre de ocasiones”, proclive a todas las oportunida-

des (Virno, 2003a: 48).

Este “hombre de ocasiones” proclive a todas las oportunidades es aquel “que hace frente a un flujo de posibilidades siempre intercambiables, que se mantiene disponible y atento al mayor número de eventualidades, que se suma a la que tiene más cerca y cambia rápidamente hacia otra si le conviene más” (Virno, 2003b: 88). El control sin vigilancia que opera sobre nuestra subjetividad en el mundo de la vida nos lleva, entonces, a no perder oportunidades, a que nuestra vida sea una sucesión, inconexa y azarosa, de oportunidades sin sentido pero resueltas, cuyo producto contingente (un empleo, un ascenso, un premio, un viaje) se justifica por el mérito del esfuerzo individual, lo que al mismo tiempo llena de sentido (siempre retrospectivo) a esas oportunidades aprovechadas (Virno, 2003a). Estos procesos acoplados se cristalizan en otro dispositivo interno de disciplinamiento: el sentirse empresario de sí mismo.

La mutación del capital que lo lleva a explotar el mundo de la vida (mundo no-laboral) y al componente cognitivo del trabajador (virtuosismo) está acompañado de una construcción de la subjetividad que:

Convierte al trabajador en empresario (...) hoy cada uno es un trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa. Cada uno es amo y esclavo de su persona. También la lucha de clases se transforma en una lucha interna consigo mismo (Han, 2018: 17).

El sentirse empresario de sí mismo provoca que ante el “fracaso”, el “retroceso” o la contradicción, el trabajador se culpe a sí mismo, sienta que no trabajó lo suficiente y por tanto que no merece recompensa. El trabajador deprimido, ensimismado en su vergüenza, no permite la construcción de un nosotros colectivo que, a través de acciones comunes de resistencia al capital, genere dudas sobre el modelo de acumulación actual. Es una gran victoria del capital, ya que se constituye en una forma de autodisciplinamiento que surge del interior del hombre y que, por lo tanto, está cargada de positividad. De esta forma, la negatividad del trabajo a la imposición ajena, que permitía acciones de microresistencia al interior de la fábrica, ha dejado de existir.

Por último, resta una pregunta. ¿Qué acciones posibles de resistencia contra el capital le quedan al trabajo? El escenario no parece fácil. Retomando desde el inicio, se produjo una inversión del mundo laboral con el mundo no-laboral, además, la mutación del capital le permitió desbordar su explotación hacia el mundo no laboral, hacia el mundo de la vida; y por último, esa nueva explotación de un nuevo mundo con nuevos componentes supone la creación de nuevos dispositivos de disciplinamiento que apuntan-a y habitan-en la subjetividad humana. El escenario actual no es nada fácil para el trabajo. Pero, retomando a Hardt y Negri (2004) y al concepto de multitud, también la resistencia del trabajo supura entre los resquicios del capital, liberándose. De esta forma, la totalización de la explotación del capital abre nuevas grietas que el trabajo puede explorar. O mejor dicho, genera cierres no totales, precarios, frágiles y contingentes, donde el virtuosismo del trabajo debe operar. En el próximo y último punto dejaremos algunas observaciones sobre este fenómeno.

## 5. Conclusiones preliminares sobre el trabajo y su virtuosidad

Volviendo al epígrafe de este trabajo cuya cita de Borges nos introduce en la literatura fantástica al presentar a un monstruo continuo, mutable, perdurable e irreconocible, son Hardt y Negri (2002), quienes también retoman la idea de “lo monstruoso” como entidad que no pertenece a lo natural pero que tampoco puede ser aprehendido por lo político o lo jurídico de una época. El carácter monstruoso, en este caso del capital en esta época, hace hincapié precisamente en la necesidad de su aprehensión con nuevas categorías que están apareciendo y desarrollándose; como Imperio y Multitud (Hardt y Negri, 2004), semiocognitivo (Franco Berardi, 2007), Éxodo y Virtuosismo (Paolo Virno, 2003a) o capitalismo cognitivo (Verce llone, 2004). De esta forma lo monstruoso comienza a desaparecer y toma una forma ya conocida: la explotación desnuda del capital.

Este artículo abordó solo la parte del capital en este nuevo siglo en la relación capital-trabajo; por lo tanto en virtud de su incompletitud no se vislumbran los procesos de resistencia que ocurren desde el trabajo; procesos de resistencia que no son una respuesta al avance del capital sino, más bien, un proceso de lucha que ocurre al mismo tiempo. En este sentido, el trabajo no es un acto defensivo sino que se constituye en “lo otro” del capital, que el propio capital no puede subsumir en su totalidad.

Sin embargo, si como establecen Hardt y Negri (2004) ya no queda un afuera del capital, sino que todo está “subsumido” a la red capitalista, la resistencia del trabajo no debemos buscarla solo en la exterioridad objetiva (el Éxodo o la deserción de la fábrica en Virno, 2003) sino, también, en la propia interioridad de la subjetividad humana. Si la explotación del capital es hoy totalizante y aspira a ser total, los procesos de resistencia deben darse, también, en el marco de lo total. Si reconocemos que la explotación del capital en el siglo XXI combina, como si fueran manchas difusas de leopardo, formas novedosas y formas antiguas de explotación, la resistencia se abre en varios planos que, merced a la solidaridad (cualidad específica del trabajo), puede constituirse en una resistencia total contra el capital. No es el objetivo de este trabajo avanzar sobre las formas de resistencia total posibles para el trabajador pero podemos adelantar que a la explotación del capital sobre la libertad de los hombres se pueden contraponer otra idea de libertad “como goce del tiempo y no como pulsión adquisitiva” (Berardi, 2007: 258) que reinvierta la sensación de escasez dominante del desarrollo capitalista por un contexto de abundancia del propio tiempo como propiedad inalienable del hombre. En este sentido el éxodo no es solo la huida desnuda sino que se constituye en un proceso de apropiación e inversión de las nuevas tecnologías, es decir, un trabajo laborioso e intelectual de resignificación de la velocidad digital sumado a una estrategia de acción política de tierra quemada sobre lo que vamos dejando atrás. En definitiva, una resistencia que combine fuga y sabotaje, quizá sin desplazarnos pero a la infinita velocidad de la red.

*Recibido 22 de abril de 2020. Aceptado 19 de junio de 2020.*

\* Ezequiel Ivanis es Licenciado en Ciencia Política (UBA). Actualmente se encuentra finalizando su Maestría en Ciencia Política (IDAES-UNSAM). Se desempeña como Director de Investigación (UNLa) donde, además, es docente e investigador.

E-Mail: ezeivanis@gmail.com

---

## Notas

<sup>1</sup> El trabajo inmaterial es un trabajo cuyo valor no guarda relación con el cansancio o el gasto de energía física sino con la producción de bienes inmateriales (tales como información y conocimiento) y con la producción de relaciones sociales, a partir de la explotación de componentes genéricos de la vida social (tales como el lenguaje, la sociabilidad y la movilidad) (Hardt y Negri, 2004 y Virno, 2003a).

<sup>2</sup> Recordemos, por ejemplo, la elimina-

ción de palabras en 1984 de George Orwell que da inicio a un lenguaje más acotado que se denominará Neolengua.

<sup>3</sup> Hasta 1970 el término meritocracia fue utilizado de manera despectiva para señalar una distopía, una sociedad donde un puñado de personas merced a su coeficiente intelectual se constituye como elite privilegiada. Un ejemplo de ello es el libro de Michael Young, *The rise of the meritocracy*, de 1958.

---

## Bibliografía

Borges, J. (1980), *El libro de los seres imaginarios*. Barcelona: Bruguera.

Berardi, F. (2007), *Generación post alfa: patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Berardi, F. (2020), *Fenomenología del fin: sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: Caja Negra.

Coriat, B. (1991), *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Madrid: Siglo XXI.

Han, B.-C. (2015), *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder.

Han, B.-C. (2018), *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.

Hardt, M. y Negri, A. (2002), La multitud contra el imperio. En OSAL, Observatorio Social de América Latina, CLACSO, Nffl 7. Buenos Aires, (pp.159-166). Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110213105541/11hardtnegri.pdf>

Hardt, M. y Negri, A. (2004), *Multitud*. Buenos Aires: Debate.

Míguez, Pablo (2014), Del General Intellect a las tesis del Capitalismo Cognitivo: aportes para el estudio del capitalismo del siglo XXI. En *Bajo el Volcán, Revista de Sociología de la Benemérita Universidad Autónoma*

de Puebla. Nffl21, (pp.27-57). Puebla, México.

Míguez, P. (2016), Trabajo cognitivo: genealogía y aportes de un debate para pensar los procesos de valorización del capital contemporáneo desde la Sociología del Trabajo y la Economía Política. En *Revista da ABET. Vol.15 Nffl2* (pp.8-.25), Sao Pablo, Brasil.

Negri, A. y Lazzarato, M. (2001), *Trabajo Inmaterial: formas de vida y producción de subjetividad*. Río de Janeiro: DP&A Editora.

Vatin, F. (2004), *Trabajo, ciencias y sociedad. Ensayos de Sociología y Epistemología del trabajo*. Buenos Aires: Lhumen-Humanitas.

Vercellone, C. (2004), Las políticas de desarrollo en tiempos del capitalismo cognitivo. En Moulhier Boutang, Y.; Corsani, A.; et al. *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños.

Virno, P. (2003a), *Virtuosismo y revolución: la acción política en la era del desencanto*. Madrid: Traficantes de sueños.

Virno, P. (2003b), *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Colihue.

Watanabe, B. (1997), Organizar a los desorganizados. En *Periferias Nffl2*. Buenos Aires: Ed.FISyP.